

Francisco Serrano

PROSA DEL POPOCATÉPETL

(2006)

A PATRICIA

*En su origen las montañas tenían grandes alas.
Volaban por el cielo y se posaban en la tierra, a su capricho.*

Rig Veda,
en el umbral de *La ruina de Kasch*.

I

LAS ALAS DEL VOLCÁN

ALUMBRAMIENTO DEL VOLCÁN

No era sino la primera noche, pero una serie de siglos la había ya precedido.

Talmud

1

Era de noche cuando la tierra se agitó como un jabalí sagrado,
de noche cuando comenzó a hervir, brusco mar inestable,
como si fermentara en un fondo de pantano, borboteante, flamígero, el suelo,
de noche cuando un estrépito de rocas como una urna de hierro
o el acorde de muchas aguas encorvándose soltó las asechanzas de su diversidad,
de noche cuando la tierra retrocedió espantada como un ciervo en el agua,
cuando la asimetría del comienzo sesgado por las sombras se inflamó
cediendo paso a la convulsión y al tumulto, pétalos desgajados,
de noche, de noche cuando el erizado culmen de la tierra cabeceó
en las ondulaciones de una orfandad que aquella danza transformaba.

Borbotones de fango altos como paredones de espuma o secoyas despeñándose
crecieron y se precipitaron en la proliferación de las tinieblas
con la fiereza de un reptil que largamente incubara la vida en sus vísceras.

Bajo la respirante geometría de otras estrellas su lomo se encrespó;
su pecho fosforecía en la noche, una anegadiza borrasca lo atravesaba como una onda raída.
En las hendiduras del silencio que se arremolinaba saltando en el aire encogido
ranuras secretas rodaron como las sílabas de una frase aún no dicha por nadie.

La noche abría sus brazos de murciélago, sus herrumbrosas bisagras,
chirriando como una quijada salivante y henchida en el momento de morder,
trituyendo poco a poco con sevicia las brotantes semillas de piedra.

Era de noche cuando el lodo se alzó en grandes olas y se arrojó al vacío.

Era de noche cuando el barro gimió y de su lamento brotó como un lirio una filtración escarlata.

Recostado en lo cóncavo el abismo deshacía su poción escamosa.

La noche ardía en las rocas, en el vaivén de un sonido concentrado a punto de volverse cristales, pulsación.

Llamas humedecidas, lanzas de púrpura, láminas de espuma rebotada.

El viento estaba inmóvil, el agua había retrocedido, ninguna cavidad se arrebuja en las fisuras de su red.

En su ascensión sin prisa, los cristales trazaban ilaciones, enlaces, símbolos.

La imagen se acoplaba a la fluente cadencia del fuego, se arrimaba con sus oscilaciones al contrapunto de su espacio, con el ímpetu ávido de cada una de sus vértebras, como si a los arenales de un playón llegaran los reflujos de un mar viscoso y vítreo.

Algo se desprendió, en alguna parte.

Desde aquellos torreones de sombra al volcarse la marea comenzó a burbujear como un potaje.

Sobre la orla de las emigrantes llamas ondeaban tirantes ramales de hierro.

La tierra retumbaba como un tambor, el cielo resonaba con una turba de trompetas.

Una espesa acumulación de acuosa tierra ígnea rompió el silencio acumulado y al sesgo de su impulso la masa formó un pliegue, como la dobladura de un paño cayendo, surcos, rizos, hendiduras en el áspero pecho de piedras cubiertas por las brasas.

El jabalí braceaba entre los borborismos de lodo ardiente, su cabeza era una inmensa bellota, sus colmillos peñascos, abanicos, flechas del aire incandescente.

Y ahí donde el brote de aquella flor de fósforo frisaba entre las rocas condensándose, en las raíces del relámpago, un bisel fulgurante, una arista de luz rasgó como un estigma el ópalo recrudescido de la noche. Y roncamente una emisión ígnea y siseante, una vibrátil víbora de denso esmegma expelió su ponzoña.

(Era de noche y ninguna de las cosas conocidas presenció la prontitud del borbollón alzándose.)

3

El fuego extendió sus alas sobre el acantilado.

Estrías como agujones rajaron el cordel de la corteza al sacudirse
y un vaho tórrido doró con una aureola la conculcada altiplanicie.

El viento se había partido como un hacha.

Muros de metal henchido, laderas ríspidas, barrancas de ceniza.

Un estrépito de siglos, estrépito de piedras y troncos calcinándose
acompañó la crispada irrupción de rocas, guijarros, polvo, lunas, nubes,
rompiente que ascendía complicándose, arrugada y temible, pujante en la sed de otro dominio.

El cielo ató a la noche.

Una sombra brillante se levantó, como un ojo.

El sueño se curvaba sobre esa emanación, se combaba rugosamente en la fijeza de su asombro.

La tierra, *evaporada por la conjugación del verbo*, boqueaba detrás de colosales franjas de aire
como si lo indefinido hubiera orquestado allí la confusión de un tumulto que ahuyentara a los ángeles.

Librada a la creciente de su oleaje, la tierra se había convertido en un artificio de las llamas.

4

La noche goteaba otras estrellas cuando el metal de la memoria cambió el caudal de sus cascadas.

En las horas hendidas, antes que el terror y el murmullo dejaran testimonio,
que la voz decisiva del fuego, sus espasmos y rumbos trazaran ningún cauce,

que figuras y signos radiantes aparecieran como una premonición y una sentencia
tallados en los rasgos de las incomprensibles, desdeñosas máscaras de los muertos,

antes que la muerte y el rencor de la muerte reconociéndose en esa mueca

remedaran los gestos de la cara del hombre en la luna escindida de un espejo al romperse,

antes que el pedernal y los conjuros comenzaran a urdir sus galerías, sus pasadizos, sus compuertas
y el amor de la gloria inventara dioses, naves, batallas

en el comienzo de algún reino expuesto sin resguardo a la intimidación y al desamparo,

en la noche sin nombre todavía, en la mente agrietada de la tierra,

como el río seminal de una palabra aún no pronunciada,

accionó el escozor de un viento paleolítico.

5

Crujieron los goznes del amanecer, crujieron las anquilosadas coyunturas del mundo.

La tierra librada a la velocidad de su volumen laminaba lunas, barrancas, árboles.

Envuelta en un brillo asfixiante el alba se erguía con la embriaguez de una humedad desconocida.

Sobre los restos compaginados de la noche la brisa se disoció de la brisa,

la geometría de otro perfil se recortó en lo cóncavo

y en la piel de la noche dejó su testimonio la dimensión de otra estatura

escrita sobre la tensa curva de la tierra.

LAS ALAS DEL VOLCÁN

Estalló la corteza visible del volcán.

Un domo de discordes descargas desagregándose
desperezó una tromba que se extendió en el valle.

Nada escapó a su influjo.

Bajo el trueno volaban las vibrantes volutas de brasas intrusivas,
vaharadas de vehementes nubarrones desparramándose.

Árboles súbitos, pinos, cedros, abetos de ceniza
impelidos por la violencia del espasmo
silbaban como un arpa de sombras.

Con la velocidad del dios que ha alcanzado a la ninfa en la tierra
y la cerca y con el ánimo enfocado en tenerla

la oculta bajo la densidad de un crespo estrépito visible,
la voladura de la polvareda, el lujo, el soplo sobre la arena ennegrecida
con un ronquido de tezontle y pómez se incrustaba en la costra.

La obcecación del viento engastándose en los acantilados y las grietas parecía enconarse,
verterse en lentas olas de ceniza desde el vértice con el ímpetu de una reverberación endemoniada.

Ante impasibles intemperies, en la campana de las horas más hondas,
la vívida vesania vesical arremetió con la violencia de una profanación,
con la potencia de una pulsión que se entreabre en donde el aire se hace sólido.

El cielo, de la costa distante, espejeaba en los ramajes de una veladura
reflejada en la fragancia de esa luz bordeada que surge desde abajo.

Pero el espesor de la sombra que se aprisiona en el hueco de lo natural desconcertado
no cede y su penetración oblicua emerge como una nueva sutura
y rinde su tributo a la tierra y al fuego y al humo que lo envuelve.

(La escritura ha infectado aquí al paisaje.)

VARIACIONES DEL VOLCÁN

(El volcán y su sombra)

Attirail

*de siècles belliqueux, orfèvrerie éteinte,
a le neigeux jadis pour ancienne teinte.*

Stéphane Mallarmé

1

Sideral, progresivo, fustigando el espacio
de rojo inusitado, abre su ala terrible
que en el abismo tensa niega el horizonte:
lo que se eleva, alaba.

Solo en su base de basalto y lavas,
murmurante, tiñe el matiz antiguo.
Bate solícito con su plumaje
el haz de la planicie ilimitada.

Rocas y viento y pájaros vacilan
cuando el pozo de sombra congrega su alquitrán
en el hondo aguamar de las piedras absortas.

Una pesada nube sin sigilo se posa
sobre esa orfebrería, aquí no extinta.
Y a la sombra responde roncamente.

2

Equidistante de la piedra y de la nube,
puntuando su equilibrio, que en la noche
sin estrellas resiente eternidades,
sueña el volcán el lujo de sus alas.

Desparramado en sus raíces, laberinto
alzado por la luna el eco corporal
hacia los cuatro puntos cardinales
despliega su laconismo imborrable.

Abanico de erguidas claridades
materializan la extensión y la forma
la avidez de un volumen que aún sueña subir.

El monte vuela y halla un centro en todas partes,
con una piedra pómez lija sus abalorios
y se arrebuja en la oscuridad rezumante.

3

Ya la lengua del volcán enemigo
moviliza sus rocas, trenza con acrimonia
en el aire su opacidad, su audacia.
Reciamente desparrama su estela.

Entre la eternidad y la nada
paletadas de plata negra.
Un rastro de terror, soplo del soplo.
Y su atracción aumenta. Quemándose, se crea.

Así, cuanto más vacila su cuerpo rajado
más armoniza la cauda de ese oleaje,
como si despuntara el cono traslaticio.

Y lleva por el llano su batalla hasta el alba
mientras los ojos fijan el cántaro morado
y su espiral en el paisaje.

4

Al caer sobre el monte, la noche ata
con tenaz parsimonia sus llamas sibilinas
a la cresta nupcial, anegándola.
A tajos suben nubes.

Entre el volcán y el aire se interponen
los ruidos del comienzo. El ojo se acomoda
a la alta lejanía, como animal terrestre.
El ojo agrupa el grumo del volcán.

Con las manos abiertas entonces rememora
la fruición del espacio que circunda y sujeta
la experiencia de la inmovilidad.

Dios hundido en la piedra, aire sin nieve,
solo agudo de rocas, iza su soledad
azul, su pavoroso centelleo.

El volcán bruñe su territorio inconciliable,
sumergido en la sombra y ascendiendo
(como todo lo vivo) reverbera
y se olvida de la noche y el viento.

Arenisca o roca dura, es lo mismo,
atentas a la veloz diversidad.
Un brusco vaho imanta como montón confuso
el cuerpo no movilizado.

Y en los dominios de la luz cuajada
relativiza el ala de su círculo,
aun en el auge de su ardor ligera,

aun en el brillo de su acción arcana,
entre la indiferencia del granito
y la melancolía de la nieve.

CRÓNICA

El hombre abrió los ojos
y la imperiosa dimensión,
templo, cubil, madriguera del rayo,
ya estaba.

II

VOLCÁN ERGUIDO BAJO LA LUNA LLENA

PIEDRAS SUELTAS

LA LUNA EN LA MONTAÑA

La luna en la montaña
entre nubes parece
tejer su telaraña.

LUEGO DE UN AGUACERO

Blanda sobre la cuesta
nieve recién caída.

MEDIODÍA

El sol blanquea
los troncos de los árboles
derruidos por el viento.

EL VIENTO

Desde los escarpados picos
lanza nubes de arena
contra los zacatales.

VOLCÁN BAJO LA NIEVE

Blanco tigre en reposo.

MAÑANA

El volcán se despereza:
sobre la ruda cabeza
asciende la fumarola
blanca, como una escayola.

SUITE

En el bosque de pinos
se desbordan los trinos.

PASTORAL

¡Es tan claro el torrente
entre los oyameles!

IDILIO

Suple el rumor del mar
el viento en el encinar.

EN EL AMANECER

Un triángulo de luz
azul encima
del soberbio testuz

perfilado: en la cima
de sí geometriza
el imponente cono de ceniza.

TEMPORAL

El aguacero es tal
que podrías pensar
que la arboleda está
sumergida en el mar.

EL GLACIAR

Contra la bóveda oscura
rielando en la ladera
el sol lo transfigura
sin tocarlo siquiera.

CREPÚSCULO [I]

El viento en los arenales
afila sus puñales.

Fugaces esculturas,
remolinos, torres oscuras

que el polvo arduo recrea
en árida pelea.

CREPÚSCULO [II]

No logro descifrar
lo que dice el pinar.

EXHALACIÓN

La escarpada montaña
despertó con migraña:

una crespá melena negra
le ciñe la cumbre como una culebra.

De pronto deja oír un estruendo que espanta
y una ardua fumarola se levanta

convulsa y ominosa. Ascende, crece.
La diáfana mañana se oscurece.

Poco a poco bajo el cielo apacible
cala una bruma triste.

Pegajosa, sin prisa
toda la tarde lloverá ceniza.

UN RELÁMPAGO

Sobre la cumbre
elástico y violeta
latigazo de lumbre.

TRAS EL RAYO

Retumba en la ladera
se desparrama, rueda
un derrumbe de piedras.

EL VIENTO ENTRE LOS RISCOS

Indómito entra a saco
en el acantilado
royendo los peñascos.

ATARDECER

Un viento sin sosiego
brama toda la tarde
en el desfiladero.

EL VIENTO CONTRA LOS GRANDES PINOS

Fuertes árboles doblegados
Ramas que se revuelven
Follajes descompuestos

Sopla con furia, azota
La trabazón de ramas
Muchos troncos se inclinan

Aunque no sople el viento
Es visible su efecto.

EL VIENTO EN LAS ALTURAS

Anónimo, invisible
rostro eterno del tiempo,
el viento en la montaña
indomeñable lima los peñascos,
aceza entre los cardos y las nubes,
arremete contra los bosques,
quebranta los acantilados,
muge sobre los crespos zacatales.

Esparcido y mordiente,
el viento de carbón y escombros,
el viento sobre las piedras calcinadas,
el viento, el viento, el viento,
el viento que es el eco
fugitivo del tiempo.

BROCAL EN ERUPCIÓN

EL HIJO DE SÍ MISMO

Ventral

bajo la bóveda

o vesánico

el bálano basáltico

volcándose

edifica su edículo.

BROCAL EN ERUPCIÓN

Entre la bruma, bajo las blancas nubes

vastas como una bahía

que se abanicán sobre el valle,

el volcán veleidoso

vocifera con brío

sus bárbaras bravatas.

Virulento, vocea,

sus vocales de brasas,

sus vocablos de brisa abrasadora,

sus vagidos de valva o tolva,

sus nubes en volandas

sus bestiales badajos de brea.

Los bruscos bloques turbios,

las briznas de su polvo vibrátil,

su vaho, sus vórtices de humo:

vuelco de babas ávidas, su báculo
de brevas basálticas:
baza, vaina, vestíbulo.

Voluptuoso y bestial silba
sus bagatelas y sus valeses,
sus balazos sin brida
sus burbujas brutales,
su bacanal de lava,
sus vaharadas,
sus befas, sus bribonerías,
sus brocados de vides bravas.

Desde el brocal bullente, bátrato borrascoso,
con la voluminosa voz
bramando se vacía, se vierte, va viniéndose:
vuelan las blancas bocanadas,
las volutas de su bronco vapor vacilante
que baja a borbotones
sobre su base vítrea
bañando valles y cañadas,
veredas y voladeros,
barandales, barrancas, vados.

Visto desde abajo,
válvula, brasero, vaso, brújula,
el bátrato es un bálano.

DESALOJADOS

¿Irá a seguir enojado el volcán
las noches que vendrán?

INSTANTÁNEA

Montaña y cielo negros,
nubes como sacos de sombra,
dunas agrestes.
Sopla un viento gris, luído.
El nubarral se aprieta.
Vapor, vapor color de luna sobre la arena negra:
ha empezado a llover.
Una imprevista flor de tenues pétalos
asciende entre las nubes, un haz de aire:
vuela una mariposa
blanca sobre la tierra negra.

NOCTURNO

Bajo la luz vidriada de la luna,
vaporosa, irisada,
tenue como un pistilo, indefinible
como un vellón de espuma
o un airón oscilante,
una columna de gasa rosada
grácil como un bullón de nácar
en la aurora ambarina,

o una flauta de nubes,
una apenas caricia, lánguida
la fumarola asciende
impalpable y erguida
en la azulada claridad.

ECLIPSE

Entre bancos de nubes, el volcán
desaparece. Se diría que
se ha ido, que no está más en su sitio,
que la masa sonámbula lo eleva,
lo despega del suelo, lo deslíe.
La muralla rocosa pierde peso,
se vuelve de vapor, un haz de humo,
y es invisible ya, y ninguna traza
deja sobre la tierra despojada
como si nunca ahí se hubiera erguido.

VOLCÁN ERGUIDO BAJO LA LUNA LLENA

1

Difusa, emborronada,
áspera isla asediada por las olas
de un borrascoso mar de nubes
o como una ballena surgiendo de las aguas
ondulantes bajo la luz agónica,
submarina azulea la montaña flotante.

De noche la montaña se agazapa,
su imponente volumen se apacigua,
simula descansar en hondo sueño.
Parece que la sombra condensara
la faz de su volumen, que su altura,
replegada en sí misma, se acortara.
La penumbra inconstante de la luna
la ha trocado en un monte inofensivo.

ESTAMPA

Como un prepucio inmenso levantado
sobre el regazo curvo de la tierra,
o una jeta de morsa que asomara
por encima de la playa rocosa
en las aguas costeras de un mar vítreo,
o como la cabeza cercenada
de un gigantesco cíclope, deshecha
la melena de rocas y vaciado
el ojo cruel, el cono del volcán
indómito y estriado se recorta
en el crepúsculo de su reposo.

SOBRE EL CRÁTER

Con un fragor de fragua
fumarolas silbantes,
vapor amarillento, remolinos
ascienden desde el fondo,
trepan hasta los bordes carcomidos,
hacen valer sus preceptos de niebla.

Paredes verticales
verdosas, grises, rojas
como placas de bronce
corroídas por ácidos.

Un penetrante olor a azufre
impregna la medida
del cielo lacerante.

Abajo, honda en el valle,
fugaz como una anunciación, se mece
la etérea sombra de un pájaro.

III

BAJO LA SOMBRA DEL VOLCÁN

*Un volcán sus líneas sube
y el valle con la tarde se ladea.*

Carlos Pellicer

ALBA

En las puertas del día,
alta como una alondra
portadora de dones,
luminosa, radiante
sobre la adormecida
ladera del volcán,
una gota de luz
abultada de noche,
iridiscente perla
en el oriente diáfano
o límpido diamante
engastado en la bóveda
de zafiros y esmalte,
cristalina refulge
la estrella matutina.

CANCIÓN

En la madrugada
bajo las estrellas
un triángulo azul
alza su volumen
contra el cielo malva:
alto dios erguido.

Sol de tierra negra,
zarpas de ceniza,
más viento que tierra.
Gajo de granito,
estribo sañudo,
cima y precipicio.

El volcán es noche,
sombra condensada,
avatar del lodo
primordial. Pirámide
de vértice al sesgo,
volumen prolijo,

Triángulo magenta,
cuajaron de sombras,
alto dios erguido,
alcázar de hielo,
silo de luceros,
roca tutelar.

Silenciosamente
bajo las estrellas

la estrella del alba,
cauda de cristales,
más agua que viento,
trepa tus laderas.

La luz te perfila
señor de la aurora,
cono taciturno.

Vela por nosotros,
alto dios erguido,
pirámide, grial.

TREMOR

Tigre hambriento

el volcán

deja oír su rugido

y un tumulto

de pájaros:

pinzones

escarlata,

zorzales,

azulejos,

calandrias,

junquitos ojilumbre

nerviosos y acerados,

colorines flamígeros,

jilgueros,

tordos,

paros,

se desgrana

en el arduo crepúsculo.

LOA DE LA VOLCANA

Diosa blanca y rosada
tendida entre cielo y tierra
duermes en tu lecho de rocas
soñando tempestades.

Montaña dormida,
señora de los cuatro rumbos, puerta del agua,
casa de la montaña de toda esta tierra,
casa del viento y de las nubes,
con la mirada azul y la falda larga
rasgas el cielo de tu cima,
hieres la atmósfera que te circunda.
Refulgente, ondulante, abismal.

Nacida de la tierra, nacida del mar, hija del fuego,
nodriza del aire, pastora de la nubes, madre del agua,
destellas como los huesos de los dioses convertidos en perlas.

Escala de las nueve alturas,
en tus labios de arena el aire bebe temporales.
De tu pecho nace una red de ríos,
tu vientre es un glaciar dorado,
venas de lapislázuli recorren tus caderas,
sobre tu cabeza refulge la estrella polar.

Granero del granizo, caldero de cristales, cielo arcaico,
la luna sueña brisas en tus desfiladeros,
el sol se siente océano en tus glaciares.
Te rodean rebanadas de luz,
grandes gajos de tiempo transparente.

Tierra sobre la tierra, hielo del aire,
brillas como una enorme hogaza,
como una carabela color de balaj.

Araña de lava, amatista, espejo,
igual resplandecen tus cumbres coronadas por el hielo verdoso
que, mohína, te evades arropada en tus mantas pesadas de nubes.

Adentras tus cuerpo de arena en los bosques, silbando,
cabalgas inmóvil y suelas tus crines al aire, yegua cimarrona,
en tus pliegues dejas oír los cantos del viento sin sosiego, caracola,
planeas sobre la altiplanicie y te posas en las crestas
para empollar tus huevos, águila,
leona, amamantas a tus ávidas crías de granizos y trombas.

Atravesada por la luz, eres la esmaltada evidencia
de una voluntariosa violencia acumulada.

Casa del agua, tierra del aire, llama del hielo,
como una emperatriz dominas los altos valles
y los breves volcanes en torno
se agrupan a tus pies, adorantes.

Soberana demasiado preciosa,
sobre todos te venera y te guarda
tu perenne pareja.

Surges con un rumor de cristales al alba.
El sol nace en la faz de tus piedras como una marejada.
Veo caer la lluvia sobre tus balaustradas, contra tus vertientes
la niebla se arremolina entre tus manos.
No tu poder te pido, diosa extensa y augusta,
danos tu claridad.

IMAGEN VIRTUAL

En la punta del pino más alto,
manchando la blancura
de la ladera del volcán,
inmóvil pero tensa,
bajo el sol sin fisuras
el águila escudriña
la extensión frente a ella:
bosques,
 cenizales,
 barrancas
peladas como huesos.
La montaña bajo la nieve
reverbera con un brillo metálico.
Abajo
 bulle la vida, minúscula,
invisible para cualquiera
pero nítida en el ojo del águila.
Al fin abre las alas.
Se levanta
 oscilando
en la cresta del viento,
mirando fijamente el abismo.

El águila se cierne
en la cumbre del cielo.
Pronto se precipitará
fulmínea, cenital,
vibrante como una navaja
sobre su presa
 —hambriento

amasijo de músculos y plumas,
y confundiéndose con ella
la remontará en sus garras de sílex.
Velocísima en su poder
es un fulgor cenizo
entre la cordillera
y el sol que azulea.

Como al águila,
un mundo
nos convoca allá abajo,
entre los arenales desolados...

APARICIÓN

Mira: ahí,

sobre el puente
de piedra, los caballos,
cinco,
seis jinetes

(por su aspecto:

sombreros
de anchas alas de palma,
cartucheras al pecho,
con toscas carabinas y machetes,
se diría que son viejos soldados
zapatistas),

al pie de las montañas
entre el vaho y las sombras
parlamentan:

palabras
remotas que se pierden
en el pardo crepúsculo.

Los caballos patean
las piedras sobre el río,
sacan chispas,

chasquean
los jinetes sus látigos.

Rápido, rápido:

intercambian
informes.

Un ejército
incorpóreo avanza sobre ellos:
cúmulos color ágata.

de esta ermita

descalabrada.

Visión

o desvarío

o mera persistencia

de una memoria no saldada,

su aparición inquieta.

En las estribaciones del volcán,

entre la tolvanera

y los maizales,

las casas andrajosas

de empobrecidos campesinos:

techumbres de cartón,

muros raídos,

huertos de polvo,

perros

famélicos en medio de un tropel

de niños barrigudos,

evidencian

que el móvil zapatista

sigue siendo

casi un siglo después,

una herida,

un baldón,

una cuenta pendiente.

Amecameca, 20 de noviembre de 2001.

UNDER THE VOLCANO

Una vasija de madera,
una jarra de vidrio azul,
la pintura de un templo frente al mar,
una inscripción en piedra rematando un pórtico,
el retrato de una mujer,
una lámpara y un espejo de bronce,
una cama deshecha, con almohadas de lino,
un corredor de mármol verde junto a un sombreado jardín,
una calle de tierra con tapias bajas, un patio, una fuente.
La furia del Vesubio, que arrasó tantas cosas,
tantas casas albergando movimiento y pasión,
dejó intactas, a través de los siglos,
vívidas imágenes del ser de una ciudad.
Al destruirlas, las preservó.

Allá arriba humea el Popocatépetl:
una parda columna de muchos metros
ensombrece como un remordimiento
la mañana apacible.

Me pregunto:

¿Iremos a ser pasto de la ceniza ardiente,
a nuestra cama la anegará el lodo volcánico?
¿También a nosotros, una tarde, una mañana,
el cielo ennegrecido, repentino y terrible, nos cubrirá?
¿La jarra del té, los sillones de mimbre,
los frascos cuidadosamente alineados en la repisa del comedor,
las ollas y cazuelas de barro,
la gran mesa de cedro, los discos, los libros,
los retratos de la familia en sus marcos,
la terraza frente al jardín,

las rosas, las veredas de árboles,
el portal de anchas vigas desaparecerán
sepultados por montañas de *flujo piroclástico*?

¿Será que un día, buscando otra cosa,
alguien descubrirá
y exhumará y clasificará
entre objetos diversos: monedas, vasos, muebles
"perfectamente conservados en los bancos de lava",
un par de negros bultos enlazados
(la atroz reliquia del fervor que fuimos)
que hacinarán en las vitrinas
de algún museo arqueológico?

Bajo un cielo sin nubes el viento esparce la densa fumarola.

UN TRUENO DESDE EL POPOCATÉPETL

*Y de un cielo impasible,
cada vez más cercano y más compacto,
llueve ceniza.*

Xavier Villaurrutia

En la mañana límpida
bajo la calma inmensa de las nubes de julio,
grandes golfos de luz y espuma blanca,
sin que el menor presagio enturbie
la placidez de las pendientes dormidas,
un estruendo de pronto,
un trepidante chasquido de la tierra,
un trueno como un rugido
o el restallar de un vergajo de hierro
estremece los vidrios en las ventanas
y hace temblar a los objetos en sus sitios.

Entonces se levanta, revolviéndose,
una borrasca de ceniza y grava,
un árbol agobiante:
su tronco es de piedras, su follaje de humo,
sus ramas densas volutas expansivas.

Lento como el trabajo de la muerte
se dilata en el horizonte.

La mañana se nubla.

Un viento frío descende con la sombra,
un cortinaje de terciopelo y bruma.

Vendrá la tarde con un manto de polvo
y lloverá ceniza sobre los autos y los techos.

SUEÑO DEL VOLCÁN

*... ya batiendo
las dos plumadas velas, ya peinando
con las garras el aire.*

Sor Juana

Piramidal,
soberbia,
de la tierra
nacida áspera cumbre,
corpulenta,
rugosa,
color de cobre herrumbrado
con matices de púrpura,
eminente,
briosa,
abrupta,
terrible,
facetada,
bella como una joya
pulida por el viento,
ardua entre dos océanos
fiera deidad gigante,
Coatlicue
descomunal
(la falda de serpientes
son las rudas laderas,
las cañadas
tenaces garras de águila

clavadas en la tierra,
el pecho aterrador
 es un collar
de grietas como manos,
los ijares tatuados por colmillos
de culebras
 y torvos ojos de águilas,
los crispados estribos,
el cuello decapitado es el cráter),
piramidal,
 agreste,
la formidable
 mole del volcán
escalar pretendiendo las estrellas
yergue su volcadura bajo el cielo.

En la extensión sombría
derramada hacia el sur,
poco a poco se desperezan
bosques,
valles,
llanos,
poblados,
caseríos,
mientras que
por encima del mundo,
hosco
crece desde la cumbre
un gigantesco cedro de ceniza
“que con negros vapores nos intima.”
El viento brama en los grandes macizos,
muge en los arenales,
alza fieros
remolinos prehistóricos.
Nubarrones de grava y polvo
corroyendo peñascos,
promontorios
abstrusos de compacta ceniza,
altas
paredes de basalto,
ventisqueros
diáfanos como el metal bruñido.

Ningún matiz,
ningún estrato altera
la delgadez del aire.

Nada escapa a su influjo.

Es de noche de pronto
y el volcán
proyecta sobre mí su densa sombra.

Un silencio de hierro oprime el aire.

Movido por un súbito deseo
comienzo a ascender entre las peñas
y pinos de las estribaciones.

Escalo la escarpada cuesta,
oscura
y deslizante, en la noche sin luna.
Un torrente de nubes se amontona
lentamente a mis pies.

Se escucha,
lejos,
el graznido de algún cuervo ilusorio.

De pronto, algo se mueve a mi derecha,
un ruido de hojas secas al romperse.
Creo percibir una forma negra,
una vaga silueta escabulléndose,
y un segundo después,

de la maleza
surge un coyote de ojos como brasas.
Bajo la pulsación de las estrellas
su cabeza parece despedir
un resplandor azul, fosfórico.

Antes
que pueda yo reaccionar,
se pierde

Entonces,
 inaudita,
 horrendamente,
el gran volcán se yergue y aletea:
es un enorme pájaro,
 sí, un águila
inverosímil, hecha de picos y haces
de escoria y pulverulenta ceniza;
sus plumas son peñascos,
 sus dos alas
monstruosos bloques de basalto
 abiertos
sobre los precipicios de la noche.

Con un estrépito ensordecedor
(o tal vez en el más sordo silencio,
no sabría decirlo),

 como un rayo
está encima
 mirándome con su ojo
único, llameante, atroz,
 y cae
a plomo sobre mí
 y en un espasmo
me sujeta entre sus corvas garras,
voraz, y me arrebató hacia la altura.

Veó el cráter, sus profundas paredes,
el domo que se encrespa,
 flor de fuego,
los pestilentes chorros de vapor
y de algún modo sé que están en mí:

soy su materia, inexplicablemente.

Mis miembros, mis entrañas

son parte del volcán

o, mejor dicho, el volcán *es* mi cuerpo:

su lava corre por mis venas, su alta

furia late en mi pecho.

Acosado de luz

me precipito

en sus profundidades.

Sólo alcanzo

a distinguir

en medio de las llamas

una inmensa pupila incandescente.

Entre su resplandor

fulgen los primeros

rayos del sol.

Entonces el volcán

hostil vuelve a su sitio,

y yo despierto.

IV

PROSA DEL POPOCATÉPETL

*Yet could it be that the notion of climbing the Volcano
had somehow struck them as having the significance of a lifetime together?*

Malcom Lowry

*No borre, compadre,
la caldera de la entraña terrenal,
dibujo contemporáneo de fango humeante.*

Lezama Lima

I

Hablo de la montaña, de los bosques al pie de sus laderas, profundidades relucientes trepando las colinas, galerías de aromáticos cedros, claustros de pinos oscilantes, oyameles flamígeros, raíces enlazadas, ramas entretejidas, agujas y bayas rojizas en los senderos, piedras lustradas por la insistencia de las lluvias, ciudadelas de pájaros, rumor de frondas, ráfagas.

Hablo de la penumbra y de la frescura de la hierba bajo los troncos, de la tierra mezclada al pardor de las hojas, del musgo sobre las rocas y el encaje grisáceo de los líquenes, de los corros y rondas de hongos, niscalos color de vino, amanitas de velos membranosos, boletos succulentos, anillos mágicos, pasarelas de duendes, maderos enterrados, leños pudriéndose en la espesiosa humedad de los umbrales.

Hablo de la montaña, del frío matutino y de su vaho que asciende y se dispersa en el cielo, cuando el fulgor de la nieve convierte el aire del amanecer en un espejo empañado y una brisa cortante como espinas de vidrio sopla y aguza los sentidos y el alma se dispone a inmergirse en la sal ascendente del sol y las cosas, los recuerdos, las ideas parecen hundirse en una bruma de oro.

Y uno siente que aquellas figuras que flotan, no sabe exactamente adonde, forman inextricablemente parte de su corazón y que de alguna manera inexplicable no sólo aguzan la conciencia con su incisiva y acuosa transparencia, fijas en su difícil limpidez, sino la exaltan con un matizado tejido de notas: insectos, semillas, trinos, hojas.

Hablo de la montaña y del miedo que siente el que empieza a subir y sobre su cabeza destella la cumbre coronada de nieve color amatista, prisma nimbado de luz, y el abanico de su altura traza las líneas de una solicitud indomeñable, irresistible, unívoca.

Hablo de la montaña, cuando frente a la inmensidad del día que se cierne como una pirámide que convocara lo imprevisto convergen los signos del deseo y la imaginación y sobre el regazo de la tierra alienta todo aquello que en el recuerdo ha sido noble o valioso o altivo.

Hablo de cuevas erosionadas por las lluvias, del arrastre de grandes cantos rodados y de los signos que trazan en el pastizal, impenetrables letras de un alfabeto de agua, de estrías entre la hierba como instrucciones para dinamitar un arsenal, de apretados peñones basálticos.

Hablo de acumulaciones de peñas como piñas o puños encrespados, de anfiteatros rocosos abiertos para poblar el sueño, de grandes lenguas de hielo que bajan del glaciar, de la virulencia de las crestas, de torreones de roca erguida avizorando el valle abajo, sitios de impulsión y de vértigo, crestas nimbadas, pedregales de encantamiento, portones, umbrales, puentes.

Hablo de la montaña y del silencio preñado de sonidos que puebla el odre de sus noches: los discursos del viento, el agua entre las piedras, la canción de los árboles, la risa intermitente de algunos pájaros, el rumor del abismo.

Hablo de la montaña, de las vicisitudes de su altura, de su difícil ámbito, su fino aire, su soledad soleada, sus castillos de niebla, su calosfrío de lis. Testigo de sus silencios, de su sombra, de sus grandes gritos, hablo de la montaña y de los desafíos de una desapacible condición.

*

Esta noche hablo de la montaña, en el comienzo de la estación de secas, al pie de los grandes peñascos. Como si flotara en un esplendor ambarino la luna traza sobre el hielo los aros vaporosos de un encaje de sombras. Mantos de luz plateada se despeñan desde los altos flancos nevados. Bajo el girante y luminoso cielo de noviembre el bosque tiembla con la insinuación incierta de la aurora.

En la noche húmeda y metálica enciendo una fogata. Frente a la vastedad de la montaña, buscando un equilibrio más alto y más tenso, experimento la exaltación del fuego. Grito, corro, comienzo a bailar; entono una especie de salmodia, brinco en el aire. Encuentro una rama de abeto y enarbolándola como una espada avanzo entre las grandes piedras hasta la orilla del acantilado.

He aquí la gravitación de lo impalpable, la noche constelada, su densidad etérea, su peso invisible pero real. La ciudad allá abajo cintila como una opaca laguna de luz, una costra nacarada y lustrosa flotando en la planicie destemplada. Todos los temores, todas las desesperanzas, todos los engaños, todas las incriminaciones tienen cabida allí. Enciendo mi linterna: como el poeta japonés, piso una pedacera de estrellas.

Hablo de la montaña, que engendra cuando sueña, idea fija que desde la infancia amedrenta y fascina; de la casa del agua, de la olla del fuego, del morral de los vientos, de sus picos, altos peines sonoros donde afilan su navaja los astros, de su cima, coronada de vaticinios, de sus retos, que un día u otro no tenemos más remedio que encarar.

Esta noche hablo de la montaña, en el comienzo de la estación de secas, al pie de los grandes peñascos, y en la brumosa claridad nocturna evoco la ascensión que hoy hace un año emprendí hasta la cima, y se confunden en mi ánimo pensamiento y deseo y se abre en mí la ronda de una infinita indistinción.

Sobre la curvatura de la tierra Venus brilla como una perla cingalesa.

II

En las estribaciones del volcán, donde los plegamientos de la tierra han creado una suerte de enorme alfombra pétrea, una apremiante lámina de tierra engarruñada, hosco mar mineral, en el principio del amanecer del día de muertos entro en el bosque y comienzo a ascender.

El frío y la bruma tienden un velo grisáceo que arropa al paisaje, desdibujándolo. Humedad y rocío bajo los altos árboles. En un tronco abatido una asamblea de hongos azules esparce sus esporas. La sombra de un helecho parece la mano sutilísima de un hada o la de algún animal fabuloso descrito sobre piel de venado, anta o reno, con caracteres glagolíticos.

Un repique de campanas resuena a lo lejos, atravesado por el viento, que aleja y acerca y vuelve a alejar hasta hacer inaudible el sonido, como si lo sumergiera en la sustancia naciente del día. De una colina sombreada asciende un tenue columna de humo ilícito. Una ráfaga de viento atraviesa los árboles.

Se alzan, súbitos espantajos, remolinos de hojas y atraviesan el sendero, girando con un murmullo de élitros. Los ramajes oscuros se mueven pesadamente. Un tenue vaho luminoso se filtra entre los troncos. El follaje produce un sonido como de agua cayendo.

*Selvas y bosques sombríos
adonde la primavera
se baña en cristales fríos...*

Todo contribuye a afinar la certidumbre matutina, cuando el alba roza los montículos y con su aliento tiñe de una coloración añil, naranja, malva las rendijas del aire, y un estruendo de pájaros se difunde como reguero de vidrios sobre la tierra y es otra vez la primera mañana la que fulge, indemne, en los postigos vaporosos del alba entreabierta.

*Desengañad los nácares, que aurora
me presumen, abiertos al rocío...*

Al pie de la colina nace un lago de luz dorada. El sol bruñe las laderas como una colosal lente de aumento. Sus rayos resaltan la cresta verdeante del bosque: acordes, timbres, tonos de una circulación melodiosa. De los troncos oscuros penden enmarañadas guirnaldas de heno. Una especie de puente.

Sobre los copudos resplandores de un cedro veloces pinzones de pecho granate pían entre las ramas mientras revolotean en torno de su nido, y otros, más pequeños, pájaros atigrados, vigilan. Los huevos son empollados, las crías avitualladas. Oye cantar a las aves en la frecuentación de su designio.

Subo por una vereda que se desvía a la izquierda internándose en el pedregal. A un costado se yergue un macizo de roca gris rodeado de varios ocotes y un poco más allá, un cedro de mayor altura, imponente como un velero en altamar. Trepo por la pendiente, tratando siempre de afirmar bien el pie de abajo.

Puedo ver las salientes de una elevación de cuya base descenden en forma de abanico series de espinazos que se extienden hacia el norte encerrando grandes lomas y una poderosa formación cónica y trunca que corona la cresta y que termina abruptamente.

La vereda asciende junto a una profunda barranca cubierta de árboles cuyas copas se vuelcan hacia el fondo y que, meciéndose sobre los empinados márgenes cubiertos de maleza, disimulan su vacío sigiloso o aterrador.

Sobre el fondo luciente del cielo, tenue como una gasa, la masa de la montaña establece los términos de una precisa recomposición espacial, como un ordenamiento de lo invisible. Por un sendero herboso. Oyameles, madroños.

Me pierdo, retrocedo, tropiezo contra una piedra y estoy a punto de pisar una serpiente que suave-sinuosa-silenciosamente desaparece entre la yerba húmeda. En alguna parte, a mi espalda, la hoja de un árbol, al caer, cruje como pisada repentina.

Pinos, antorchas de jade. Algunos, enormes, se yerguen a lo largo de un arroyo de aguas rápidas y transparentes. A lo lejos pasa un hombre a caballo ¿lleva un sombrero negro? Lo saludo, parece no verme. Un ceniztle comienza a cantar.

III

La montaña se alza con un flanco arqueado como pecho de mujer y el otro precipitoso, mellado, feroz. Una nube como una cúpula cubierta por una áurea aureola aérea se destaca contra el labio carcomido del cráter. El día se dilata como un ilimitado desierto ondulante.

Espesura de campos inclinados, valles y bosques sombríos. Atrás, la cima resguardada por las nubes, fustigada por el viento y la nieve resalta sobre los pardos arenales. El sol derrama cristal derretido en los campos.

Como un puñal, agua dura, el viento embiste solazándose en las finezas de su penetración. Comienza a bajar, imperceptiblemente, una niebla que con obstinación de artífice desdibuja los contornos del mundo y enturbia los colores sumergiéndolos en su humedad silenciosa.

Atravieso un claro de flores amarillas. Un cardenal, un trozo de flama posado en lo alto de un cedro entona un canto líquido, suave y etéreo: tuir, tuir, las notas oscilando hacia abajo: tu-ir, tu-ir, tir. A lo lejos retumban varias detonaciones: alguien caza allá abajo. Nubecillas de humo flotan sobre las rocas, en el fondo del valle. Sensación indefinible de remordimiento.

Avanzo por un paso entre dos cañadas en el punto donde la barranca se desploma hasta un río rústico, un arroyo que desciende entre rocas y arbustos. Un poco más allá el arroyo se angosta hasta un punto en que es posible atravesarlo. La senda sigue el curso de la corriente que se aleja como una cinta llameante.

Dejo el bosque y entro en la zona de pastos. Hatos de flores rojas, manadas de helechos, montones de arena negra. Desde aquí la montaña es una erguida sucesión de picos, dientes, paredones, barrancas. Valle abajo el viento levanta tolvaneras, columnas de polvo, espirales altísimas que se adelgazan hasta confundirse con la claridad radiante de la atmósfera.

Sopla un viento cortante, más seco que estas piedras. Sequedad del aire, sequedad de la hierba sobre la tierra quemada. Arriba, arenales que se sublevan y arduos charcos de escoria. Un mar de grava que se desmorona.

Pastizales, hierba rala y amarillenta. Hoscos guijarros en la desolación de la llanura. En un recodo un rebaño de cardos: varas de luz, pupilas azoradas. El sol clava sus púas en la esfera del día. Las nubes giran, algunas se elevan. Pienso en el vaivén somnoliento de las olas sobre los arrecifes, en su avance y retroceso incesantes, meciendo, acunando el follaje de la plataforma coralina.

Subo por pendientes jalonadas por hileras de árboles secos y continúo por la orilla de un desfiladero entre tobas hasta alcanzar la cima de un arduo contrafuerte. A la izquierda se extiende una enorme pradera cubierta de flores lilas y blancas.

A la derecha los campos se precipitan en la distancia, volcándose con violencia sobre el valle que luego de descender en un brusco declive, comienza a elevarse: una armoniosa cuesta tachonada de pequeños conos truncados cubiertos de vegetación; reguero de volcanes, dorados y verdes y púrpuras oscuros.

Cruzo un paraje incendiado, un residuo de bosque con yerbajos y troncos calcinados. Incluso las piedras han resentido la vehemencia del fuego y se desgajan con sólo tocarlas, como las columnas de un templo saqueado.

En el límite de los zacatales un ocote gigante, con nidos en sus ramas, un poderoso candelabro de cirios de oro ardiendo en pleno día, se yergue solitario en medio de la llanura. De su sombra parece que dimanara una irisada aura vibrante, sombra anegada, transparentándose, como paja en el vidrio.

Sigo el curso de un arroyo que descende hasta aquí por el hueco que ha abierto su cauce en una peña. El suelo es duro y el fulgor mezquino. El viento me echa atrás. Me repito, con Dante, que tal vez me hubiera convenido emprender otro viaje: *tenere altro viaggio*.

Y las palabras se acercan hasta el voladizo y parecen impregnarse de la tensión del aire y comienzan a ver cómo poco a poco un tropel de negras nubes se acumula sobre la negrura del volcán y arroja sobre las peñas y cañadas sombras que barren la tierra como una estampida.

Entonces me percató de que la profusión del monte está ya en otra parte, aquí en estas frases que lo despliegan y que lo configuran y que cuanto más se encarnizan en su cuerpo rajado, más se acercan a ese modo que tiene de ser, también, imagen, cuerpo radiante. E *intraí per lo cammino alto e silvestro*.

IV

En el límite agreste de la vegetación, donde las arenas empiezan a invadir los grandes zacatales, aparecen semienterrados largos troncos de pinos blanqueados por el sol, carcomidos y pútridos como los restos de un naufragio.

Entre troncones encallados y ramas desarboladas: hoscas leños grisáceos, me adentro en el arenal, rumbo a la cúspide. Con armoniosa lentitud un banco de nubes sonámbulas y la luna tierna sobre el valle contrapuntean el perfil lejano de los bosques.

Rodeando el flanco del volcán una vereda asciende entre los peñascales. Luego de contornear un macizo de riscos, que emerge como un par de colmillos descomunales, entra en un barranco poco profundo, por cuyo fondo culebrea, para subir con presteza por una pendiente y trepar por colinas arenosas que van haciéndose más y más ásperas.

Después el sendero zigzaguea, sube por el filo de una loma, cruza por entre dos montes de escoria, rojos como granadas, y sigue por el páramo, tan árido que al contemplarlo mucho tiempo se podría perder la memoria del mar. Por ahí ascendiendo siguiendo el camino que bordea el anfiteatro hasta penetrar en el centro arenoso, con su doble fila de pétreos guardianes, como si se tratara de un parque a la luz de la luna.

Esquivando una grieta abierta como una exposición llego a una hondonada circular cuyos labios recuerdan la península recortada de un mapa. Proliferan los recorridos de la lava, las huellas eruptivas, su brutal arrogancia orográfica. Altos yermos de dunas, valles de pómez: tumulario paisaje espectral.

Ríspidas cordilleras de espuma trocada en roca oscura, crespas como zarzas o amenazantes trasgos, se alzan y desploman con humeante furia marina. Lomas peladas, eriales: desapacible vaivén de un oleaje petrificado. Un viento poderoso dificulta la marcha y arroja sobre la cara, en oleadas ardientes, un polvo sutil. No hay la menor señal de una corriente de agua en este atormentado paisaje lunar.

Prosigo a lo largo del abrupto sendero ascendente hasta un vasto círculo de piedras: crestas enormes como las murallas que ciñen las plazas, torreones toscos y erizados, dinteles inclementes, y continúo hasta el alto castillo rocoso que almena la cresta del cantil.

Desde la cimas desbaratadas por el aire desciende la arena en mantos que cubren los contrafuertes de basalto. Angulosos picachos sobresalen de los desfiladeros. De una saliente pedregosa al pie de un paredón donde rompen los vientos, puntal, represa, atajadero martillado por siglos de embates, alcanzo una cuesta a cuyo pie se levanta un peñón en forma de troje, un prismático vaso color verde bronceo, al que trepo y desde el que puedo ver, hacia el oeste, la ondulación de las estribaciones.

En esta soledad casi salobre, carente de alma, desoladora, desolada, donde la luz desnuda vela el mundo con un halo afflictivo que enrarece las cosas y nuestra percepción de las cosas, imprevisible, inopinadamente pienso en la confusión, la incertidumbre, el desánimo como ingredientes infusos de la vida civil y la sola idea me hace trastabillar.

Allá abajo, en el otro extremo del valle, a orillas de la ciudad, que no veo, las casuchas de cartón de los asentamientos irregulares han tenido tiempo de cruzar la carretera y extenderse hacia el norte y se aprestan a expandir su rastra de rencor, hacinamiento y ruina a lo largo del llano.

Ahí, amarillas colinas de basura diseminan en torno su rastro nauseabundo: montones de desperdicios, lomas de escombros, promontorios de inmundicias donde bandas de perros famélicos escarban y disputan y una turba de niñitos ventrudos juguetea entre detritos. El oscuro esplendor del pudridero.

Por encima de esta degradación, como lúgubre corona, los zopilotes se mecen en lo alto igual que papeles quemados que hubieran huido de una hoguera flotando hacia arriba. Sólo queda aferrarse a las elevaciones del humo como a un impulso alusivo y esperanzador.

De los largos declives que descienden desde la roca donde evoco el vaho de todo un pueblo contaminado, los peñascos contra el cielo azul, los témpanos sobre la blancura de los hielos, los pedruscos rodados por las cuestas de arena, los lejanos bosques, los caminos entre los valles, los

sembradíos lejanísimos, formando una cuadrícula brumosa, vibrante, ponen la inmensidad sobre el corazón...

A media mañana la cumbre parece flotar en el aire entre escollos de nubes. El viento ululante azota la cara y la tierra bajo los pies es lava muerta, ceniza, residuo petrificado. Una vasta estepa de nieve de márgenes azuladas se extiende hacia el este, ascendiendo. Fajas enormes de hielo se escalonan hasta el vértice del volcán, bloques resbaladizos, témpanos vidriados.

Aquí la montaña resiente los estragos de la nieve y la lluvia que cae sobre las rocas y resbala con lentitud invisible penetrando las grietas y juntas en donde se acumula hasta que el agua se congela y al dilatarse disloca los peñascos cuyos trozos rajados ruedan cuesta abajo levantando grandes nubes de nieve.

Trepa por un sendero abrupto como un desgarrón o el trazo nervioso de un pintor expresionista, hasta alcanzar una estrecha planicie regada por aguas de deshielo que caen en semicírculo y forman una laguna de aguas glaucas engastada en una cuenca de hielo.

En un extremo la nieve ha trazado la forma perfecta de un ala. La luz se extiende en esta cristalería como una mano que al abrirse dejara en los muros translúcidos inscripciones indescifrables.

El lugar es una inclinada sucesión de estratos donde se superponen pisos de tonos distintos, del gris al azul lácteo. Paredes que parecen grabadas como por un humo perfundido donde los más variados matices de las gamas del cuarzo se trenzan en espiral.

Punzantes agujas blanquecinas centelleando como cuchillos bajo el sol, murallas de cristal, agrietadas y lisas y cortantes. El hielo tamiza el vaho de su extensión, su arborescencia diáfana y cobra en la gélida mañana una cabrilleante coloración de arco iris.

Su fulgor reverbera, cincelandó el crestado borde del cráter. Destellan las vetas de hielo azul, como si el mundo entero fuera una ondulante prolongación de la luz. Cavernas de turquesa, cubiles transparentes, arroyos congelados, estalactitas como lanzas en el foco de las lentes, nebulosas cristalizadas. Todo es extraño y conocido.

De pronto un carámbano verdoso se desprende y cae con un ruido de vidrios rotos: rumor de botellas que ruedan por escaleras de piedra. A partir de este punto el ascenso es una ineludible lucha con la montaña. *Amor mío, vuelve a mí, como una vez en mayo...*

VI

La cúspide, erguida sobre sí misma, domina la tierra. Mediodía: torrentes de luz inundan el espacio. Peñas abruptas coronadas de masas de hielo pardusco, rocas descalabradas, témpanos en el glaciar.

Los rayos del sol caen directamente sobre mi cabeza. La nieve en el ventisquero reverbera como una lámina de oro. Frente a mí, la boca del cráter tiene la apariencia de una quilla derruida. En medio del camino, ¿hacia dónde seguir?

Avanzo con dificultad entre peñascos color de herrumbre y pretiles raídos. A cada paso el aire se adelgaza. Las nubes se mueven con extraordinaria rapidez. Una ligera llovizna empieza a caer cuando alcanzo la cima.

Desde lo alto del volcán contemplo la tierra que lo ciñe. La montaña desciende en precipicios y se extiende hasta los valles en ondulaciones boscosas que se pierden en la luminosidad de las llanuras.

La sierra hacia el norte, vista desde arriba, parece un palacio de techo metálico. Por un momento siento una excitación anómala, una especie de fiebre. Ha descendido notoriamente la temperatura. En alguna parte en el cielo estalla, gruñido metálico, un trueno. Me aproximo al borde mellado del cráter. Entro en esa región pura.

Del filo de los hielos bajan enormes paredes a pico como planchas de acero corroídas por ácidos. En el piso fluctuante se empieza a formar, atisbo de la lucha tenaz entre el fuego y las piedras, una pequeña laguna sulfurosa en cuyo centro brotan borbollones, llamas y chorros de vapor. Rumor de fragua, rumor de agua bullente, de crespas flores ígneas.

Sopla un viento poderoso que viene de arriba y brama haciendo remolinos. El cielo se nubla, el cráter se llena en un momento de una niebla amarilla y pastosa. Cae, como en la noche las estrellas fugaces, una llovizna de encendidos pedruscos. Comienza a nevar.

A lo lejos el camino forma una curva y desaparece.

VII

Exhausto, sin aliento, aterido, rodeo el cráter. El sol es una brasa ciega. Nubes como lentos galeones o gallos a los que les hubieran cortado la cabeza han comenzado a ensombrecer la cumbre. Al pie del volcán los manchones oscuros del bosque distante dibujan un contorno que se extiende como las alas de un zopilote gigantesco.

Una luz mortecina tiende sobre los arenales velos grisáceos, lechosos, vítreos. Súbitamente una nevasca gruesa y apelmazada y que enfría el ánimo como un hatajo de monos que se abalanzaran gritando desde lo alto de un campanario, cae en ráfagas blanqueando las peñas altas y la piel de las piedras.

Desciendo por la ceja de una loma cubierta de hielo. El viento frío y penetrante no ha cesado de silbar entre los peñascos. Bajo mis pies el camino se inclina: una abrupta pendiente que se desploma decenas de metros abajo y remata en una filosa terraza dentada. Pienso en los varios sentidos de la palabra ‘precipitar’.

Avanzo contra el viento helado y la niebla amarillenta. En el lugar de la bajada, el lugar donde acampan los vientos. Muchedumbre de nubes como las tiendas de un ejército con la banderolas repletas de águilas tremolando en el viento se agolpan desde el este. El valle abajo parece un mar, mar galopante.

Más allá de la región de los pastos se alza un promontorio donde se hacinan vestigios de un derruido anfiteatro de bloques basálticos, angulosos poliedros como dioses vencidos, aglomeración insensata de rocas en desintegración que semejan una ciudad abandonada por sus moradores, devastada y hundida.

El silencio tiende sus lazos sobre la intensidad del otoño. Nubes como oscuros caballos encabritándose en el cielo se acercan velozmente. Oleaje de murmullos, geometrías intangibles: reflejos, ecos, sombras. La muerte es inevitable.

VIII

Cuesta abajo, por un declive arenoso. Conforme cae la tarde, las piedras vacilan en su fulgor oblicuo, en su concisa ubicación. En el filo de una loma dos troncos como desmesurados huesos calcinados se inclinan sobre una barranca. Oleadas de viento pisotean el zacate, abren surcos de sombra en la empinada cuesta. Una parvada de zopilotes vuela en círculos por encima del horizonte de color ladrillo.

En el límite de los pastos se alza una gigantesca pared rocosa en uno de cuyos flancos se abre una tosca oquedad. Ahí está plantada una cruz de madera bajo la que se acumulan, desperdigados, los inquietantes restos de una ofrenda: un trenzado manojito de estambres de colores, un sahumerio de barro roto, un par de veladoras consumidas, pedazos de trapo, botellas de cerveza, cáscaras de fruta, plumas, copal.

Situado hacia el oriente, el sitio es un altar, un misterioso espacio donde aún se celebran recónditos rituales del granizo y la lluvia, testimonio de un sostenido diálogo con la montaña. Dentro de una vasija, transparente como una olla de cristal, reluce un montón de guijarros, pétalos de muchas flores: dalias, rosas, lirios. Una crucecita de palma está atada al brazo derecho de la cruz, todavía engalanada con gladiolas y claveles rojos, como el árbol que, fulminado por el rayo, florece milagrosamente.

Hacia el sudoeste flota la luna a punto de ocultarse. Colinas púrpuras y melancólicas rielan en la lejanía. Vibrátil humo incierto, velo zumbante, pasa un enmarañado enjambre de insectos de alas grises. Sopla el viento como si un pueblo de lanzas se estremeciera en sus vainas de hierro. Enfrente, la montaña-mujer se hunde en el crepúsculo como un trasatlántico con todas sus luces, dorada y refulgiendo su alta escarpadura.

En un rincón ocupado y hojoso un ruido como el deslizarse de un cuchillo sobre un paño de ante o de terciopelo ¿una lagartija, una serpiente, una ondulante onza?; fluido y viscoso arrastrarse sobre el lecho de hojas crujientes, rash, un sordo y reseco crepitar, rash, rash, que gradualmente se desvanece.

Por encima del bosque se dibuja el violento latigazo de un relámpago, al que sigue, restallante, un trueno, y otro. El viento muge como un toro herido, se revuelve, gime, azota los ramajes. Rechinan los troncos, rechinan las fuertes ramas al agitarse torpemente.

IX

Al filo de la sombra, bajo un áspero aire de piedras en penumbra, arrastrando los pies en el polvo gris, monte abajo. Tierra pelada, aire del aire. Siguiendo el curso de un torrente de raudas aguas frías. Como la cercanía del mar te toca el pulso de la tierra en la fluencia del río y le confieres un significado a ese impulso y dices contra el silencio circundante:

“El ascenso es en sí una acendrada aspiración, arrebató y ascesis. El volcán es a un tiempo apetito y emblema, pretexto y anhelo, una imagen del mundo y un símbolo. Descenderlo es ahondar en la sombra.”

Entonces puedes decir tinieblas, puedes decir pudridero de sueños, pozo de negrura, gruta de confusión, puedes empeñarte y decir bloque de noche, caldero de carbones, tristeza fúnebre, puedes imaginar que tus palabras penetran como pájaros la sustancia nocturna, y que lo que dices nombra en lo oscuro aproximándose a los bordes de lo no dicho, queriendo ahí perdurar.

Lo que queda al final es el silencio, la boca insomne del vacío, el ser sin cuerpo y sin sonido. No, el silencio no es sólo la ausencia de ruido; tampoco es una idea (aunque también sea una idea): el silencio es un punto magnético, una zona de gravedad neutra a la que tiende todo impulso sonoro, todo aliento de comunicación: la entraña del lenguaje.

Plenitud del cero, círculo de la ausencia, la nada en torno de la cual gira el cosmos, presente que nunca acaba de pasar. Silencio, ser vacante, agujero negro de la lengua sosteniéndonos en su gravitación incomprensible.

Lo que digo se mueve contra un fondo de bruma, contra una malla informe, sin sustancia ni peso: la urdimbre del silencio. Y apenas lo quebranto, los lazos de lo anónimo se cierran sobre el mundo, cercándolo. Su reverso: el lenguaje: ecos, recuerdos, máscaras. No el mundo, su reflejo. No la acción, su remedo.

Trepar por la pendiente del lenguaje. Luchar con las palabras al subir la montaña, nombrarla al escalarla. Sílabas como rocas y picos, como gargantas y peñascos, como grietas, crestas, brasas. Escribir, contra el silencio, un idioma irrefutable, como un árbol de espejos.

Bajo un aire de piedras en penumbra, arrastrando los pies, arrastrando el rumor de mis palabras desciendo la cuesta, desando el camino, borro la escritura. Corto una florecita que crece entre las grietas, *la florecita negra quemada por el rayo*.

Una luz brumosa llueve de las alturas. Ramas de helecho seco crujen bajo mis pies. Por el noreste ha comenzado a ascender un banco de nubarrones ennegrecidos que parece respirar, avanzando muy lento, diseminándose sobre la densa cumbre. Se hace una oscuridad siniestra y momentánea. El viento sopla cada vez con mayor fuerza. Bajo el cielo como sangre de lobo un fulgor opresivo ciñe la peraltada cúpula de nieve.

X

'Mezcal', dijo el Cónsul... Atosigado por la sed y el polvo, distraído, como si hubiera perdido algo, como si estuviera esperando algo, vienen a mi memoria: imágenes, ritmos, frases enteras del gran libro de Lowry. Bajo mis pies la cuesta resplandece como un espejismo o el brazo curvo de un río en el relente de su plata.

Me acerco a un roquedal que domina las laderas del este. Camino en línea recta, hasta lo que parece el hueco de una hornacina abierta en un saledizo. El viento entre los árboles suena como el mar arrastrándose en una playa cubierta de guijarros.

Estoy frente a una pequeña laguna de aguas color turquesa en cuyo centro, un angosto filón de tierra roja, se levanta un murete de piedra. El sol relampaguea sobre las aguas mansas: en ellas se deslizan, reflejos invertidos, aves, árboles, caravanas de nubes.

Alguna vez encontraron aquí residuos de cerámica, discos de pizarra de bordes biselados, lancetas de obsidiana, pequeñas piedras veteadas de verde, bolitas de barro: trazas de adoraciones. Hoy campea la basura: cigarros, cajetillas vacías, botellas de plástico, platos de cartón.

Presa de una alegría súbita corro hacia el bosque tumultuoso y sombrío pero antes de penetrar en él me detengo. Nubes de pájaros vuelan hacia estas letras. El volcán se adentra en el cielo cada vez más bajo. Por un instante ha vuelto la luminosidad.

XI

En el inmenso atardecer escarlata las nubes forman un abanico que se extiende sobre la desmoronada cresta de la montaña. Varios zopilotes, aves incorpóreas, ¿quizá esqueletos de aves?, flotan morosamente en el aire. Sombras color de roca se mueven sobre el valle.

Siguiendo una estrecha vereda que baja junto a una barranca llego al pie de un paredón rocoso. Desde ahí saltan las aguas transparentes de una cascada cayendo entre el follaje oscuro. El agua, al golpear contra las rocas, hace un estruendo como de pájaros gritando en un amanecer desconocido. Bruma y rocío impregnan el aire. Una ráfaga irrumpe: terroso aroma húmedo. La brisa rocía el rostro con diminutas partículas frías.

A un lado de la cascada, junto al peñón veteado de musgo, se abre la entrada a una pequeña cueva. Palpando el labio de la caverna, entro. La cueva es estrecha, poco profunda y baja: hay que avanzar de rodillas algunos metros antes de girar a la derecha, donde se abre un espacio más amplio. Apenas es posible permanecer erguido. De las paredes rocosas manan hilos de agua.

Una presencia ¿o es un presentimiento? cobra cuerpo por encima del estruendo del agua, perceptible no por la vista sino por el sonido. En los campos inclinados pastan algunos toros. El sol rompe entre los nubarrones.

Entonces una forma encrespada y sombría aleteando, una aguililla, se posa sobre un cedro fantasmagórico en los asoleados linderos de la montaña. Permanece unos segundos vigilante, atisbando, y emprende luego el ascenso a través de la densa penumbra. Despliega las alas hacia lo alto, hacia el cielo de sombrío azul cobalto. En ese instante aparece una estrella.

Una atmósfera de extravío se siente entre los árboles. De nuevo refulge, allá en lo alto de la montaña, un relámpago. Me acerco a un claro en lo alto de una loma. Veo entre los árboles la estrella en el horizonte occidental. Comienza a soplar el viento. La senda se angosta. Escorpión está a punto de ocultarse.

Me estremezco, como si una serpiente se hubiera deslizado sobre mi tumba.

XII

En vano la tempestad desplaza los linderos de la ausencia. Árboles desperdigados, altos y solitarios como centinelas cimbrados por el viento, se convulsionan, inmóviles, bajo el cielo amenazante.

Un relámpago, blanco y desgarrado garabato, restalla sobre el despeñadero. La escarpada silueta del volcán parece viajar con las nubes. El viento trae un rumor semejante a repiqueteo de campanas, un tintineo fantasmal.

Por encima del rumor de la lluvia precipitándose en el bosque, vasta ola innumerable, el viento trae un aire musical ¿Mozart, será? Las notas, alzándose, alejándose poco a poco terminan por diluirse. Se diría que en un punto se mezclan con el rumor de la cascada. La tarde se va transformando en noche rápido. A lo lejos pasa un hombre a caballo ¿lleva un sombrero negro? Lo saludo, parece no verme.

Se han quebrado los cántaros del cielo. Un viento vertiginoso barre el bosque. El relámpago estalla entre los árboles y el trueno hace temblar la tierra: piedras o grandes troncos cayendo, precipitándose en el derrumbadero, rocas resquebrajadas. Fulguraciones: la maraña de rayos electrifica todo. La cumbre nevada del volcán destella como una amatista a la luz de la luna.

Por un momento todo aquello que en el recuerdo es o noble o valioso o altivo pierde sentido, se vuelve irreal, se desgaja como cuando una pulsión enfermiza, bestia de negro pelaje se aventura en la noche.

¿Fue ilusorio escalar el cuerpo del volcán, ascender hasta el borde del cráter? ¿Subí por peldaños hechos de aire? ¿No hay, ni ha habido nunca, ni cumbre ni vida ni ascenso? El tiempo que va y vuelve disipa la memoria. El ascenso es caída. Me despeño en mí mismo.

En mi interior se abren desfiladeros inverosímiles, zonas de estupor y de náusea. Por las cañadas de mi mente oigo mis pasos chapotear en el fondo de oscuros cenagales, pasar sobre la arena, detenerse con la respiración contenida al borde un precipicio abominable.

Caer, caer en el interior del volcán, desplomarse hacia el fondo, hundirse en el magma silbante, borbotando, crepitando, rechinando, los silbidos pestíferos, los anillos de humo, el hedor del abismo.

Rumor de fragua, rumor de agua bullente, de crespas flores ígneas, pistilos ondulantes, columnas de vapor, lluvia de escorias. De pronto, como si el paisaje estallara, saltan negros chorros lanzados a lo alto y caen, anegándolo todo: la vida sin sustancia, sin bases firmes, desmoronándose, sin fin.

Grito y mi grito es repetido de árbol en árbol, como si el eco rebotara en los troncos y después como si los árboles se cerraran silbando sobre mi cabeza: sensación de caer, de hundirse en el universo en espiral, sin cesar abierto y cerrado, anegarse en su circulación, *ser* en el movimiento, el hueco, el retiramiento donde giran y se desvanecen el sol, las estrellas,

el cielo reflejándose en el paréntesis de las constelaciones, Casiopea, el Dragón, las Osas, girando, ascendiendo en círculos, como un remolino que se desintegra en el polvo, girando, en el punto donde se encuentran el azar y el destino de los hombres fijado por las estrellas, girando, ascendiendo (¿cayendo?), y olvidarse de sí, como se olvidan y reinventan, cada día, la vida, la muerte y la aventura de escribirlas ambas.

Volvemos al comienzo. Podemos empezar.